

## Juan Mauricio Rugendas (1802 - 1858) y el Brasil

**J**UAN Mauricio Rugendas nació en Absburgo el 22 de marzo de 1802. Los Rugendas originarios de Cataluña, habiendo adherido a la reforma, buscaron refugio en esta vieja ciudad imperial en 1608. En el curso del siglo XVIII esta familia contó con cuatro pintores y grabadores de talento; el más conocido, Jorge Felipe Rugendas (1666-1742), tatarabuelo de Juan Mauricio, fué director de la Academia de Bellas Artes de Absburgo y adquirió en la época cierta celebridad como pintor de batallas y caballos.

Estamos muy poco informados sobre la infancia de Juan Mauricio Rugendas. La tradición quiere que haya mostrado sus aptitudes especiales para el dibujo cuando tenía apenas cuatro años de edad. Leyenda o realidad, esto no es de sorprenderse pues es en suma bastante normal que, educado en un medio de artistas, el joven Rugendas haya encontrado allí el clima propio al desarrollo de su talento. Parece que tuvo como primer profesor de dibujo a su padre, Juan Rugendas, quien era al mismo tiempo profesor de dibujo y Director de la Academia de Absburgo; se benefició igualmente de la enseñanza del pintor Albrecht Anam, amigo de la familia, conocido por haber sido el pintor oficial de la corte del virrey Eugenio de Beauharnais. A los quince años, en 1817, Juan Mauricio entró a la Academia de Munich, donde trabajó bajo la dirección de Lorenz von Quaglio.

La enseñanza académica no presentaba casi atractivo para el joven Rugendas que se sentía más atraído por la naturaleza que por los modelos de la escuela; la campiña bávara ejercía sobre él una verdadera fascinación y empleaba sus horas de descanso en recorrer los alrededores de Munich dibujando paisajes que inspiraban su sensibilidad de artista. Este amor apasionado por la naturaleza debía acompañarlo

durante toda su vida y jugar un papel determinante en su carrera.

Juan Laurencio Rugendas hubiera querido enviar a su hijo a Roma a fin de que completara allí su formación por medio del contacto con las obras de arte clásicas; pero no poseía los medios financieros indispensables para tal proyecto. El destino debía por lo demás decidir de modo imprevisto otro camino para el pleno desarrollo del joven artista. Este sería en efecto el Brasil, que proporcionaría a Juan Mauricio Rugendas la ocasión de desplegar y afirmar su talento de dibujante y de pintor paisajista.

El Brasil estaba en la época muy a la moda en Baviera. Una expedición científica, en la cual había tomado parte el botanista Federico von Martius y el zoólogo Bautista von Spix, de Munich, y que había acompañado a Río de Janeiro la joven Archiduquesa Leopoldina de Habsbourg, futura Emperatriz del Brasil, estaba de regreso en Europa. La publicación de los trabajos de los dos sabios, ilustrados por el pintor Tomás Ender, había suscitado un interés considerable en ese país. Muy poco conocido, el Brasil tomaba ahora la figura de un país fabuloso y el mito y la leyenda ocupaban un lugar de importancia en la concepción que Europa se hacía de ese lejano imperio. Las cuentas de los sabios debían contribuir aún a exaltar la imaginación de los espíritus románticos de la época. Desde entonces no es en absoluto sorprendente que el Brasil haya ejercido una atracción particular sobre Juan Mauricio Rugendas, que no tenía todavía veinte años; este enamorado de la naturaleza debía naturalmente sentir el llamado de los paisajes extraños que evocaban las descripciones y los dibujos que ilustraban los relatos de los naturalistas alemanes.

En 1821 se encontraba igualmente en Mu-

nich un diplomático ruso, el Barón Jorge Enrique de Langsdorff, quien, nombrado embajador de Rusia en Río, había obtenido del Zar los créditos necesarios para una expedición de exploración y de búsqueda al interior del Brasil y reclutaba sabios y artistas para la realización de sus proyectos. Un amigo de la familia Rugendas, el Barón Karwinski, vivamente solicitado por el joven Juan Mauricio, sirvió de intermediario y lo puso en contacto con Langsdorff, a quien parece, además, haberlo recomendado con entusiasmo.

La Biblioteca de Absburgo conserva un documento particularmente interesante para este episodio de la vida del artista: se trata del contrato, fechado el 18 de septiembre de 1821, que lo unía a la expedición Langsdorff en calidad de pintor y dibujante oficial. De este modo, estamos informados sobre las tareas que debía cumplir Rugendas y de las condiciones que lo ligaban al diplomático ruso: Los gastos de viaje de ida y vuelta, su mantención con excepción del vestuario, el material necesario para sus funciones, le estaban garantizados y se le pagaba además la suma de mil francos de Francia por la duración de su contrato; en cambio, todos los dibujos, acuarelas, croquis y pinturas ejecutados durante la expedición eran de propiedad de Langsdorff y no podían ser expuestos o publicados sin su autorización, antes de la publicación de la cuenta de los trabajos de la misión. Sin embargo, ciertos derechos estaban reservados al artista con respecto a los dibujos que él pudiera realizar al margen de la expedición. La familia del joven no parece haber compartido sin reservas su entusiasmo, pero en vista de su determinación, se preocupó de obtener para él el mayor número posible de garantías; es así como se encuentra en el contrato una cláusula disponiendo el repatriamiento del artista en caso de enfermedad o, no lo quiera Dios, de fallecimiento del jefe de la expedición.

Langsdorff y su comitiva llegaron al Brasil a comienzos de 1822 y Río de Janeiro apareció ante los ojos del joven europeo deslumbrado, en toda la belleza de su exuberancia tropical. La ciudad contaba entonces con alrededor de cuarenta mil almas y estaba lejos de presentar su aspecto actual de gran metrópoli; Era una pequeña ciudad colonial, ahogada en la naturaleza gigantesca que la envolvía, de vida despreocupada, adornada de una cintura de playas que ningún rascacielos venía a desfigurar.

La impresión de maravilla y de trastorno profundo que sintió Rugendas fué, según su propia confesión, indescriptible; caía en un mundo de sueño que la palabra era incapaz de describir y para el cual ningún paisaje de Europa lo había preparado. Esta orgía de luz, de vegetación aún indomada por el hombre, actuó sobre el artista como un poderoso estimulante. El volumen y la variedad de su producción artística en el curso de este primer período brasileño de su vida parece haber sido considerable; aunque el contrato firmado con Langsdorff reservaba para éste la mayor parte de su obra, Rugendas traerá en sus cartapacios algunos cientos de dibujos y y acuarelas. Lo que quedó en manos de Langsdorff fué enviado a Rusia y desapareció en una colección cualquiera, imperial o privada. Actualmente parece haberse perdido definitivamente la traza.

Langsdorff no pudo ponerse en camino inmediatamente y Rugendas pudo así quedarse varias semanas en Río primeramente y luego en Estrela, pequeño puerto situado a algunos kilómetros de la capital. En Río mismo, Rugendas tomó contacto con la sociedad brasileño-portuguesa y asistió a los acontecimientos que fueron el prólogo de la Independencia del Brasil. En puerto Estrela, conoció la sociedad rural y la vida patriarcal de la época; la hacienda que habitaba alrededor de doscientos esclavos negros y esto fué para Rugendas la revelación de una existencia insospechada, la iniciación a los problemas sociales de un país en formación, por su participación en la vida diaria de los esclavos y de sus amos.

Después de varias semanas de espera y de discusiones a menudo violentas entre los miembros de la expedición y su jefe, éste se puso finalmente en camino hacia el interior del Brasil, teniendo como primer objetivo reconocer y explorar la provincia de Minas Geraes. A medida que la misión avanzaba a través del país, el entusiasmo del joven pintor no dejaba de aumentar; desgraciadamente una hostilidad creciente cada día, lo oponía a Langsdorff, envenenando relaciones que no parecen, por lo demás, haber sido nunca de las más cordiales. Es conveniente decir, en defensa de Rugendas, que el gentilhomme ruso, de carácter áspero y lunático, era ya atacado, sin que se supiera aún, por un desorden nervioso que debía llevarlo rápidamente a la locura, y obligaría a la desgraciada expedición a retroceder llevando, a través de

mil dificultades, un jefe completamente demente.

Mucho antes de este triste desenlace, Rugendas, cansado por las continuas disputas, rompió el contrato que lo ligaba a Langsdorff. El ruso no parece haberse mostrado generoso para con el joven pintor y éste, en su apuro por liberarse de toda opresión, no se preocupó de otro modo del porvenir. Sin embargo, libre de actuar a su modo, pero falto de medios, en condiciones a menudo penosas, Rugendas continuó su viaje por el país. No conocemos el itinerario exacto que siguió, pero guiados por sus obras, podemos afirmar que recorrió sucesivamente las provincias de Minas Geraes, de Sao Paulo, Mato Grosso, Bahía y Pernambuco. En mayo de 1823, lo encontramos nuevamente en Río de Janeiro, huésped del Barón de Marshall, Embajador de Austria.

En el curso de esta primera estada en el Brasil trabó amistad con los pintores franceses Juan Bautista Debret, Adrián Aimé Tauney, hijo de Nicolás Antonio Tauney, y Félix Emilio Tauney, quienes habían venido al Brasil en 1816, a pedido de Juan VI de Portugal, para fundar y dirigir allí la Academia de Bellas Artes. Adrián Aimé Tauney debía reemplazar a Rugendas como dibujante de la misión Langsdorff y morir trágicamente ahogándose en el río Guaporé en el curso de la expedición. Durante este período Rugendas ejecutó un número considerable de estudios y dibujos que ilustran admirablemente lo que eran la capital y la vida brasileñas bajo el primer emperador. Paradas militares, vida de las calles, mercados, diversiones populares, mercados de esclavos, imágenes de un Brasil desaparecido para siempre, todo es dado por el artista con un gusto romántico deseado, y una gran fidelidad de detalles.

En 1825, Rugendas se encuentra en París. Había sido llamado a Munich donde, por la instigación de amigos de su familia, el Rey Max Joseph deseaba verlo lo más rápidamente posible. La publicación de los trabajos de Martius y de Spix había suscitado en el espíritu del monarca, el deseo de ver publicado una especie de Album-Atlas del Brasil y quería que Rugendas se encargara de ilustrarlo. Fué en el curso de su estada en París que Rugendas trabó conocimiento con el Barón Alejandro de Humboldt y se unió a él con una amistad que no se desmintió jamás.

En 1835, Rugendas publicó su *Viaje pintoresco a través del Brasil* en una

edición suntuosa, ilustrada con un ciento de dibujos, editada a la vez en francés y en alemán por los cuidados de Engelman, considerado como uno de los más grandes litógrafos de la época.

Después de un viaje a México, al Perú, a Chile y a Bolivia, emprendidos por la instigación y con la ayuda de Humboldt, encontramos a Rugendas de nuevo en el Brasil en 1845. Muchos acontecimientos se habían producido en el lapso que separa las dos estadas del artista en ese país. Por una parte, el Emperador Don Pedro I, que proclamó la Independencia del Brasil, se había visto obligado a abdicar en 1831 a favor de su hijo; había muerto en 1834 después de haber sorprendido a Europa por sus hazañas tendientes a restablecer los derechos de su hija sobre el trono de Portugal. El Brasil estaba gobernado por Don Pedro II, joven monarca de veinte años, cuya precoz prudencia y seriedad impresionaban ya a los representantes extranjeros acreditados en la Corte. Por otra parte, Rugendas no era ya el joven pintor entusiasta pero desconocido que llegaba a la bahía de Buanabara, sino un hombre de 43 años, en plena posesión de sus medios de expresión artística, amigo de Humboldt, protegido de la Corte de Baviera, y al cual su obra sobre el Brasil había hecho, sino célebre, por lo menos conocido en la sociedad brasileña y cuya llegada suscitaba una viva curiosidad.

Don Pedro II parece haber apreciado al pintor y, durante todo el tiempo que éste pasó en Río, el monarca le dió muestras de innegable estimación patrocinando una exposición de las obras que el artista traía de su gira por América del Sur, y confiriéndole, además el título de Caballero de la Cruz del Sur con pensión. Un detalle que prueba la delicadeza del Emperador es que fué Félix Tauney, entonces Director de la Academia de Bellas Artes de Río, quien se encargó de entregarle las insignias de su grado.

Rugendas volvió a Europa en 1847, murió en 1858, en Weilheim, a los 56 años de edad. Después de su muerte, numerosos dibujos y acuarelas fueron recogidos en el Museo de Munich, pero con ocasión de la crisis financiera que se produjo en Alemania en 1928, coleccionistas brasileños lograron comprar a ese Museo más de 400 dibujos originales relacionados con el Brasil, dibujos que, en su mayor parte, figuran hoy día en las colecciones privadas de Sao Paulo.

La obra de Rugendas ha sido bastante discutida, pero las críticas más severas no conciernen a su talento de pintor y dibujante, sino más bien a sus cualidades de escritor. Son, en efecto, sus apreciaciones y sus opiniones sobre los acontecimientos políticos y sociales a los que le fué dado asistir, los que han suscitado los ataques de la crítica histórica y literaria, que se ha satisfecho en subrayar ciertas inexactitudes, inverosimilitudes y malas interpretaciones; se le reprochó igualmente la falta de elegancia de su estilo. Poniendo aparte toda crítica, cuya naturaleza no es siempre objetiva, es innegable que su obra presenta un interés real y constituye un testimonio honesto sobre las costumbres y la vida del Brasil en la época. No se puede negar, en efecto, que numerosas de sus observaciones acusan un espíritu amplio, dotado de una gran capacidad de observación y de análisis; sus comentarios sobre el impacto de las culturas ibéricas e indoamericanas sobre la vida de los grandes "fazendeiros", sobre el problema de la esclavitud (que parece haberlo preocupado muy particularmente), impresionan por su justeza y agudeza de visión, y esto en una época en que la antropología social no había sido inventada todavía. Pero en todo caso la obra literaria sólo constituye un aspecto secundario de la personalidad de Rugendas; él fué ante

todo un dibujante y un pintor y no pretendió jamás ser historiador o escritor.

Resta un hecho que nadie piensa en discutir: es que Rugendas ha sabido fijar con su talento real una imagen sincera del Brasil que él conoció; sus paisajes, sus costumbres regionales, la vida de las ciudades y de los campos, de los grandes de la corte y de los esclavos negros nos son dados con una gran fidelidad y un romanticismo que puede chocar a algunos, pero que era del gusto de la época. Por lo demás, sus dibujos revisten un interés considerable para aquellos que se preocupan de conocer un pasado si bien aún próximo, ya bastante olvidado; para historiadores, sociólogos, etnólogos, ellos constituyen una fuente preciosa de datos por la variedad de las escenas folklóricas que representan, por las costumbres que ilustran, por la exactitud de ciertos tipos humanos, especialmente de negros originarios de tribus diversas, que en esa época conservaban todavía sus características raciales hoy día completamente desaparecidas a consecuencia de múltiples mezclas. Sus dibujos relacionados con la fauna y la flora del Brasil, aunque menos conocidos, son también dignos de ser mencionados.

Societe Suisse des Americanistes Schveizerisehe Americanisten. Gesellschaft. Bullelen. Musse et Institut D'Etnographie. Geneve (Suisse) Mars, 1959. IXme annee. N<sup>o</sup> 17.